



STAR CRAFT
HEART OF THE SWARM

SOLO UN SUPERAMO

Gavin Fyhrie



BIZZARD
ENTERTAINMENT

Superamos, somos **nosotros**. A la Kerrigan, oímos **nosotros**. Las palabras al Nosotros, llevamos **nosotros**.

Ausente, está la Kerrigan. Locos, nos volvimos nosotros. Locos, se volvieron los **nosotros** nacidos tras el Devenir.

Recordábamos, algunos de **nosotros**.

Los antiguos mundos natales, recordábamos **nosotros**. A los jóvenes hambrientos, recordábamos **nosotros**.

El miedo, recordábamos **nosotros**.

Al Nosotros, invocamos **nosotros**. Nos salvó, el Nosotros. Devenimos, **nosotros**.

Longevos, somos **nosotros**. El idioma del color y la mente, recordábamos **nosotros**. Contar, podíamos **nosotros**.

Llorábamos, **nosotros**. Asesinados por el no-Nosotros, cayeron muchos. Pero: No asesinados, fueron **Uno y Uno**. Este **uno** y la pareja de siglos atrás.

Mientras nuestras mentes dormían, servíamos **nosotros**. Juntos cuando nuestros recuerdos volvieron, estuvimos **nosotros**.

En la línea del horizonte, aguardan **Uno y Uno**.

A un lado, el abrazo sosegado del Nosotros. De vuelta, estará la Kerrigan. Esto, sabemos **nosotros**.

Al otro lado, locura. Soledad.

A la línea del horizonte, nos aferraremos **nosotros**. Muertos, están **nuestros** parientes. Muertos, están **nuestros** jóvenes.

Los últimos de **nuestra** especie, somos **nosotros**.

Uno y Uno.

* * *

Diez minutos antes de morir, Razek echó un vistazo al nuevo hogar de sus Piratas Scantid con la sensación de haber logrado algo grande.

Estaba en la plataforma de observación de lo que había sido la academia fantasma de Tarsonis, un gigante tendido de mármol negro reflectante en el exterior y neocero en el interior. Los terrenos resecaos de la plaza de la ciudad enmarcaban la academia y el monumento hecho pedazos de delante. Dos pies de piedra desgarrados sobre un pedestal eran lo único que quedaba del homenaje a algún héroe de la ya desaparecida Confederación.

Cinco años antes, los zerg habían llegado a Tarsonis, el mundo capital de la Confederación. Miles de millones de personas murieron en cuestión de días a manos de los zerg o los protoss. Ahora Tarsonis era un mundo fantasma, un canal para vientos que ululaban por pasillos de fría piedra y aullaban entre los dientes oxidados de los rascacielos que rodeaban la academia. Ciudad Tarsonis era un lugar que daba miedo, sí, pero desde que se habían ido los equipos de rescate del Dominio no había nada ahí fuera.

Razek sonrió, frotándose la gruesa maraña de cicatrices de la garganta. Excepto sus piratas, claro. Y unas pocas patrullas del Dominio. **Demasiado** pocas, dirían algunos.

De acuerdo, la academia necesitaba algo de trabajo. Solo tenían acceso al nivel A y superiores, y los ascensores bajaban hasta el Z. Razek encendió un cigarrillo y siseó el humo entre los dientes. ¿Quién sabía qué secretos jugosos y **caros** tendría ocultos ahí abajo la Confederación...?

Parpadeó. Un punto blanco trazó una breve línea en el cielo gris de Tarsonis, una línea que describió una curva y luego regresó, directa hacia la...

Buscó a tientas su comunicador justo cuando la medevac del Dominio, con sus motores brillantes, se detenía en vertical sobre los terrenos polvorientos de la academia. Ocho soldados metidos en armaduras CMC descendieron por la rampa de carga frontal, pisando el suelo con atronadores crujidos mecánicos.

Sera y Bourmus, que montaban guardia en la entrada del túnel de debajo de la estatua destruida, se quedaron mirando boquiabiertos. Solo Sera hizo el gesto de agarrar su arma personal antes de que los cuatro soldados que estaban más cerca se dejaran caer sobre una de sus rodillas blindadas y los ocho abrieran fuego a la vez con sus fusiles gauss. El fuego de C-14 abrió unos tremendos agujeros en los dos guardias, que cayeron desplomados y hechos una madeja.

Solo habían transcurrido veinte segundos desde que Razek había visto la nave de evacuación. El comunicador sin usar le temblaba en la mano.

Uno de los soldados, con una armadura abollada y llena de marcas, rompió filas y se fue pisando fuerte hacia el túnel. Miles salió a toda prisa del túnel con ese maldito cuchillo suyo y gritando. El soldado le agarró la muñeca, se la estrujó y luego le hizo añicos el cráneo con un revés despreocupado, esparciendo los sesos del muy idiota por el polvo.

—¡Razek! —chilló Lom por el comunicador—. ¡Soldados! ¡Están matando a todo el mundo!

«*Aún no* —pensó Razek, dirigiéndose al ascensor y sacando su fusil de dardos gauss—. *Pero seguro que vamos a darles la oportunidad.*»

* * *

Cuatro soldados del Dominio avanzaban por el pasillo oscuro de dos en dos; su volumen no dejaba pasar la luz del sol que se colaba por la puerta de entrada. La iluminación del pecho se les encendió, delineando las puertas del ascensor de delante en círculos de luz superpuestos.

Un pirata con muchas cicatrices se abalanzó hacia las luces como un *stripper* inexperto y disparó una breve ráfaga de dardos. Uno de los proyectiles tuvo la suerte de cortar los servomotores de las piernas del soldado de delante a la izquierda. Este cayó sobre una rodilla mientras levantaba ya su C-14 y devolvía el fuego. Las puntas de empalador cosieron una diagonal en el pecho del pirata, que cayó desparramándose.

El resto de piratas llegó entonces, bien por esa falta de temple que muchos cometen el error fatal de confundir con el valor, bien por pura desesperación. Uno de los soldados de atrás arrojó una granada que pasó entre la heroica última carga de los piratas para caer en las puertas del ascensor de más allá.

Llamaradas y fragmentos irregulares de acero volaron como una guadaña por el pasillo. Los piratas no se desintegraron. No exactamente.

Chorreando sangre y otras cosas horribles, el sargento Bayton se levantó el visor agujereado de su casco.

—¿Soldado Berry? —dijo educadamente, quitándose trozos de pirata de las manos mecánicas de su traje—. Esa táctica que ha usado ha sido original y muy atrevida.

—¡Gracias, sargento!

—No hay de qué. Porque la mayoría de soldados dirían que usar granadas trituradoras en un espacio cerrado es ¡rematadamente **estúpido!**

El sargento Bayton acercó la mano con lenta malicia al C-14 del soldado Berry y se lo arrebató de las manos.

—Olvídese de esto hasta que aprenda a disparar como un adulto, soldado.

—Pero...

—No se ofenda, sargento —dijo el soldado Kell Daws, todavía arrodillado por el impacto de chiripa en su pierna—, pero Berry tiene el instinto de conservación de una polilla en una fogata de campamento, y esas granadas son preciosas cuando estallan. No es culpa suya.

—Me alegra que piense eso, porque acaba de ofrecerse voluntario para ayudarlo a despegar a la gente de este pasillo.

—¡Venga, sargento!

El cuarto soldado levantó una mano mecánica. Algo **se escurrió** de ella.

El soldado Caston Gage levantó su visor justo a tiempo de lanzarse hacia la pared a vomitar.

Berry alzó una mano.

—¿Eso también tengo que limpiarlo, sargento?

—Atención, miembros del escuadrón —dijo Kell con seriedad paródica por el comunicador de su casco—. Transmisión prioritaria. El soldado Gage ha expulsado biomateria y puede estar infestado.

El sargento Bayton suspiró y puso los ojos en blanco mirando al cielo.

—Reclutas.

* * *

Una vez limpiado el terreno, los soldados se desprendieron de sus armaduras e iniciaron el largo proceso de habilitar los niveles superiores de la academia para que fueran habitables. Pasaron diez horas. El corredor de entrada se limpió según los estándares un tanto injustos del sargento. El largo comedor del segundo piso recibió también su atención. Y a Caston todavía le tomaban el pelo por su momento de debilidad.

—Le hizo un boquete en el neoacero —aseguraba Kell—. Era as-queroso. Tuve que taparme los ojos con un páncreas...

—Como si tú supieras algo de anatomía, palurdo —dijo el soldado Vallen Wolfe desde la cocina. Era el único en el que todos confiaban a la hora de cocinar.

—Tuve que taparme los ojos con algo que parecía un páncreas —dijo Kell, enseñándole a Vallen su dedo favorito.

Los reclutas de soldado (a los que el sargento Bayton puso el mote afectuoso de "Escuadrón Cachocarne") habían sido enviados al planeta desierto para que se acuartelaran en la academia abandonada y pasaran unas cuantas semanas jugando a juegos de guerra entre rascacielos vacíos y escaparates rotos. A Bayton lo había entusiasmado la posibilidad real de combatir.

Los soldados estaban muy verdes, pero los trajes estaban fuertemente blindados y contaban con indicadores en pantalla que se encargaban de detectar objetivos y prácticamente apuntaban solos. Los piratas no tenían ninguna posibilidad.

—Somos los putos reyes de esto —soltó la soldado Hanna Saul, dándole un manotazo al lateral de la puerta al entrar.

—Reina en tu caso —dijo Berry alegremente. Era el más joven de todos, y antes estudiaba xenobiología, nada menos. Se había alistado en el cuerpo para pagarse el resto de los estudios.

—Gracias —dijo Hanna mientras se encendía un puro hediondo—. Lo había olvidado hasta que me lo has recordado.

—¡En el maldito comedor no se fuma! —rugió Vallen desde detrás de la olla humeante.

—Espera —dijo Kell, mientras Hanna se volvía por donde había venido y sostenía el puro con aire insolente por fuera de la entrada y miraba a Vallen con cara inocente—. Que nos vamos a desviar de lo que hablábamos.

Con los dedos pegados al cañón de un fusil de francotirador Bosun FN92, Caston fulminó a Kell con la mirada.

—Hemos destrozado a los piratas esos —dijo Kell inocentemente, y luego articuló un "¿Qué?" hacia Caston.

—Los trajes lo hicieron casi todo —dijo el soldado Dax Damen, pasando por debajo del puro de Hanna. El manoseo inepto de los piratas y la granada de Berry había estropeado dos de los tres ascensores. Dax se había pasado las seis últimas horas reiniciando los generadores, reparando los sistemas eléctricos e intentando acceder a la enrevesada red de seguridad de la academia.

—Estos trajes son una porquería —dijo Vallen—. El modelo 5-4 de la infantería con armaduras que modificó mi familia es...

—Eh, eh, un momento —dijo Kell—. ¿Tu familia es la Wolfe de Industrias Wolfe? ¿Tú lo sabías, Hanna?

—Ah, sí —dijo Hanna—. Me suena haberlo oído las otras quinientas veces que ha sacado el tema.

—Ja —dijo Vallen, pero sonriendo.

—Yo no lo había oído —dijo Caston, aliviado por no ser ya el objeto de burla.

—Eso es que estabas ocupado vomitando —dijo Kell.

—Vallen admira tanto a Mengsk... —comenzó Hanna.

—Al emperador Mengsk —la corrigió Dax desde el rincón.

—...a Su Eminencia, Su Ilustrísima, el eterno emperador Mengsk Primero —dijo Hanna, haciendo una genuflexión—, que ha decidido abandonar también su riqueza y unirse a los hombres corrientes...

—Y mujeres —dijo Berry amablemente.

—Gracias, Berry —dijo Hanna—. Lo había olvidado otra vez. Hombres y mujeres corrientes, **vale**, y hacerse un nombre por sí mismo en el campo de batalla. Luego, si hace bien sus deberes, sacrificará todo un planeta para poder auparse... a... ¡Hola, sargento!

—No deje de hablar como una traidora por mí, soldado Saul —dijo el sargento Bayton al entrar en el círculo de luz desde las sombras de la parte del fondo del comedor. Incluso sin su traje, era un hombre grande, con una cicatriz que dividía la barba de tres días que recubría su cuero cabelludo.

—Hanna solo bromeaba, sargento —dijo Kell, ya sin la sonrisa en la cara.

—¿No cree que ya ha defendido a bastante gente por hoy? —dijo Bayton, alzando una ceja—. Detodas formas, ¿a mí qué demonios me importa?. Es una condenada a perpetua, como yo. Eso le da derecho a quejarse un poco, siempre y cuando vigile dónde lo hace, joder.

Mantuvo la mirada puesta en ella durante un largo e incómodo instante. Ella asintió con la cabeza. Bayton olfateó el aire.

—Aquí huele que alimenta. Es usted un ángel del cielo, soldado Wolfe. ¿Dónde están la médico y el soldado Drumar? —Una expresión horrorizada cruzó su cara—. No estarán juntos, ¿no?

—No —dijo Caston—. Vi al soldado Drumar dirigirse a la plataforma de observación. Creo que la cabo Sawm está en su habitación.

—No me gusta esa tipa —dijo Dax, y todos los soldados se giraron sorprendidos. Dax rara vez expresaba su opinión. Lo habían resocializado por algún delito no especificado tras el servicio militar obligatorio, y la creencia general era que no quedaba mucho de Dax ahí—. Nos habla como si ya estuviéramos muertos.

—Si yo fuera ella tampoco me gustaría usted —dijo Bayton, el primero en recuperarse—. Teniendo que llevar a reclutas de aquí para allá. Que te despierten cada vez que uno de ustedes señoritingas se dan un golpe en el codo. Soldado Gage, vaya a buscar a nuestro soldado extraviado. ¡En este equipo nadie se salta las comidas!

Pensando en que hablarle a Bayton sobre cualquier cosa era una buena forma de ofrecerse voluntario, Caston se fue, poniéndose su FN92 al hombro por el camino.

* * *

Caston cerró los ojos mientras subía el ascensor, apoyando una mano en la pared vibrante. Había sonreído en todos los momentos adecuados, reaccionado de todas las formas adecuadas. Ninguno de ellos lo había notado.

Gritando en la cabina insonorizada, golpeó la pared con el puño una y otra vez, deseando que la debilidad lo abandonara con cada porrazo estremecedor.

* * *

Caston salió del ascensor, convenientemente tranquilizado y sonriendo ligeramente. No tenía por qué haberse molestado. El soldado Marc Drumar miraba por la ventana más cercana a la oscuridad del paisaje urbano en ruinas, donde rascacielos rotos se erigían como lápidas a la pálida luz de la luna.

—Marc, dice el sargento que bajas a cenar.

—No tengo hambre —dijo Marc.

—Sí, bueno, dice que eso da igual —dijo Caston en un tono cordial—. Ya sabes cómo es.

—No me gusta —dijo Marc enseguida.

—No es mal tipo —dijo Caston, perplejo.

—No —dijo Marc, girándose para tenerlo de cara—. Digo lo de hoy. La matanza. Pensaba que estaba preparado, pero disparé a esa mujer. La vi caer a trozos.

Un pozo frío se abrió en el pecho de Caston. Las manos le temblaban. Tenía que decir algo. Desactivar esa conversación antes de que llegara a un punto peligroso.

—Era escoria —dijo. *Joder*.

—¿Qué? —dijo Marc, frunciendo el ceño.

—Te habría matado. Intentó matarte, tío —dijo Caston, intentando volver a un terreno seguro.

—Sí, lo sé —dijo Marc, y Caston se relajó.

—Pero estaba mirando esta ciudad... —continuó Marc—. Y pensando. Nos pasamos todo el tiempo combatiendo con rebeldes, piratas, zerg, protoss. Y nuestros mundos están en ruinas, y seguimos matándonos unos a otros. ¿Y para qué?

Caston respondió como un torrente. —¿Qué quieres que hagamos? ¿Que hablemos con ellos? Quieren exterminarnos, idiota.

Marc parpadeó una vez. —Después de lo que te ha pasado hoy, creía que tú lo entenderías.

—No soy un cobarde.

—Yo tampoco —dijo Marc, respondiendo a la ira de Caston con calma y un poco de tristeza—. Es solo que ya no quiero seguir haciendo esto.

Caston se apartó de él y se fue a la ventana sin cristales, apretando tanto el puño que era como una roca sin sangre. El viento olía a herrumbre y deterioro, y lo inspiró.

Luego espiró.

—Nuestros enemigos no son razonables —dijo—. Mira este lugar, Marc. Quieres deponer las armas, pero te matarán armado o desarmado. R-r-reducirán a cenizas tu hogar. No les importa que luches o no.

—Caston —dijo Marc, tras un largo instante de silencio—. ¿De dónde eres?

—¿No lo entiendes? —dijo Caston, dándose la vuelta—. ¡Eso no importa! ¡Elige un planeta! Nuestras ciudades están siendo arrasadas, invadidas y destruidas desde la órbita. *Joder*, uno no puede mantenerse al margen, Marc. Si no luchamos nos aniquilarán.

Detrás de Marc, algo flotaba entre las columnas sombrías de dos rascacielos. Dos cosas. Unas formas enormes, oscuras, con apéndices que les colgaban. El pozo de agua helada se derramó, subiéndole a Caston por los brazos y por encima de los hombros.

Había visto superamos en los últimos días de Mar Sara, alzándose en el horizonte como tumores. Entonces no se sabía nada de los zerg y él estaba sentado en el tejado de la casa de sus padres, viéndolos venir, eclipsando la luz del día.

Solo recordaba fragmentos del día siguiente. Nubes tenebrosas de mutaliscos inundando el horizonte en bandadas ondulantes. Escondido bajo una puerta del sótano mientras su madre la cerraba por fuera, gritando cuando garras sangrientas la atravesaron a ella y se clavaron en la madera de debajo. Las manos ásperas de su padre en su cintura, empujándolo hacia un último transporte mientras los zergling subían en tropel por la rampa y los superamos flotaban arriba, observando...

Caston se sacó el FN92 del hombro y pasó junto a Marc.

—Caston, ¿qué...?

A través de la mira, los dos superamos eran perfectamente visibles, aunque fuera de noche. Masas bulbosas y pulsátiles de carne entre morada y roja, perforadas por bultos de caparazón y huesos dentados. Unas patas arácnidas se meneaban por debajo, justo detrás de unas cabezas colgantes y sombrías. Cada uno tenía unos grupos de ojos débilmente iluminados: los del más grande de los superamos eran morados; los del otro, verdes.

Se habían detenido en el hueco y se estaban girando el uno hacia el otro. De no haberse tratado de monstruos, Caston habría jurado que estaban hablando.

Centró el punto de mira en la cabeza del que tenía más cerca. La debilidad —el miedo tembloroso que lo había atenazado en el vestíbulo de entrada de la academia— había desaparecido.

—Caston —dijo Marc—. He oído hablar de esto. Todos los zerg se han desmandado. Nadie los controla. Son inofensivos.

—Mejor —dijo Caston, y apretó el gatillo.

La cabeza del superamo salió despedida de lado. Se hundió en el lateral de un edificio cercano y cayó suavemente al suelo, arrugada como un saco desechado. Los ojos morados se apagaron uno a uno.

Con una lentitud glacial, el otro superamo se giró para encararlo a través de la mira. Unos ojos de color esmeralda brillaron en la oscuridad, contactando con los suyos. **Mirándolo.**

Disparó de nuevo y falló. El superamo había expulsado algunos de los gases que lo mantenían a flote y se desplazó hacia la izquierda, detrás del edificio más cercano.

—No pienso ver esto —dijo Marc. Caston no le prestó atención, apuntando por encima de la línea de rascacielos y de lado a lado. Las puertas del ascensor sonaron a sus espaldas mientras aguardaba.

Pasó una hora, y Ojos verdes no había reaparecido. Haciendo una mueca, se volvió a colgar el fusil al hombro y bajó.

* * *

Ya no **Uno y Uno**, somos **nosotros**.
Uno, somos **nosotros**. **Solos**, estamos **nosotros**. El último de **nuestra** especie, somos **nosotros**.
Con dolor y **rabia**, **nos precipitamos nosotros** desde la **línea del horizonte**. Del **abrazo**, huimos
nosotros.

Hacia la locura.

Hacia la soledad.

nosotros...nosotros...

...estamos solos. **nosotros** somos los últimos de **nuestra** especie.

Los **nosotros** que nazcan ahora no recordarán la época anterior al Devenir. **Nuestro** mundo quedará olvidado.

Deben pagar por esto. Deben ser castigados.

Nosotros los castigaremos.

¿**Nosotros**?

Yo.

Yo los castigaré.

Y **yo** traeré al **Nosotros**.

* * *

Caston, Kell y Marc avanzaron por una calle estrecha flanqueada por ruinas imponentes. Las ventanas desiertas se abrían a una oscuridad redonda como cuencas de ojos vacías.

Un fusil retronó desde un tejado. El disparo impactó en la pierna blindada de Kell y salpicó el suelo de rojo. Caston y Drumar corrieron a ponerse a cubierto tras el chasis oxidado de un vehículo de lujo.

—¡Otra vez en la pierna! —se quejó Kell, tirándose obedientemente sobre su rodilla manchada de pintura roja y arrastrándose hacia el resto de su escuadrón.

—¿A eso llama tirar a matar, soldado Berry? —gruñó el sargento Bayton por el canal abierto.

—Lo siento, sargento —respondió Berry desde el techo. El fusil resonó de nuevo e impactó a un metro escaso de Kell. Caston rastreó el disparo y vio la boca del fusil desaparecer detrás del borde de un tejado. Sus indicadores en pantalla mostraron entre corchetes la silueta de la armadura de Berry a través del hormigón.

—Localizado y fijado —dijo Caston, sonriendo—. Lo siento, Berry.

—Bien hecho, soldado Gage —dijo el sargento Bayton. Se oyó el chasquido del cerrojo de un fusil—. Puede usted ponerse en pie y recibir mi enhorabuena.

—Joder, Gage —dijo Kell, llegando al fin de donde estaban—. Ya son catorce muertes hoy. Deja algo para los demás—".

Detrás de él, Marc se giró, con su expresión oculta por el protector facial.

Habían pasado dos días desde su llegada. Caston pensaba que Marc lo denunciaría como alguien peligroso y desequilibrado. Ese momento no había llegado y Caston se había recuperado de su bochorno inicial. Habían llevado a cabo una docena de simulaciones de guerra desde el día anterior y él casi siempre había quedado el primero.

Matar al superamo lo había salvado. Al fin se había visto las caras con el enemigo y había reaccionado. Lo del vestíbulo había sido casualidad; nunca volvería a dudar, nunca volvería a ser débil. El universo estaba lleno de enemigos y traidores a la humanidad, y él era un soldado, pagado para matarlos.

La vida le sonreía.

—Sargento, no lo entiendo —dijo Kell—. ¿Por qué tenemos que fingir que vamos a por rebeldes de mentira cuando hay zerg de verdad por todo el planeta?

—Porque son salvajes, soldado —dijo el por un tiempo comandante rebelde Bayton—. Son peligrosos, pero están desorganizados. No suponen un gran desafío.

—¿Y esto sí? —dijo Kell, asomándose por un lado del coche.

El disparo del sargento se estampó contra el protector facial de Kell, que cayó de espaldas. El sargento tenía el sol a sus espaldas. Caston no veía nada.

—Ay —gimió Kell desde el suelo—. Eliminado por rebeldes aficionados. Qué vergüenza la mía.

—¿¡Aficionado!?! —dijo Vallen por el comunicador, desde su nido de francotirador oculto—. ¿¡Cómo te atreves!?

—Eso —dijo Hanna—. Somos rebeldes de élite de lo más curtidos, gracias.

—Exacto —continuó Vallen—. "No nos afeitamos ni nos bañamos. "Liberamos" asentamientos civiles prendiéndoles fuego.

—Según la **propaganda**, eso es lo que hacemos —gruñó Hanna—. Pero **en realidad**, somos colonos desplazados con inquietudes patrióticas legítimas...

—Acabo de completar una exploración —interrumpió Dax. Se había quedado atrás para hacer funcionar los sistemas de la base, y la estática de la radio volvía aún más monótono su tono uniforme—. Todo despejado.

—No hace falta que lo diga tan decepcionado, soldado —dijo el sargento Bayton.

—Así es como habla desde que los reclutadores le aplanaron el cerebro, sargento —dijo Hanna.

—Menos mal que tiene para defenderlo a una soldado a la que formarán consejo de guerra por listilla.

—Solo intento parecer una rebelde —dijo Hanna alegremente.

—No dices suficientes tacos —dijo Vallen.

—Un momento —dijo Kell—. Si soy un rebelde, ¿puedo soltar tacos, incendiar cosas y dejar de bañarme? Me he equivocado de equipo.

—No te dejan casarte con tu hermana —dijo Vallen.

—¡Escoria rebelde!

—Soldados Saul y Wolfe —dijo Bayton—, ¿les importaría dejar de hacer el indio y retroceder al sur hacia mi posición?

Caston entrecerró los ojos, escudriñando entre el metal quemado y herrumbroso. El sargento era un auténtico cabrón. Cualquier pista sobre dónde estaba **tenía** que ser una trampa...

Refunfuñó. —Lo tenemos detrás, ¿no?

—Maldición —dijo el sargento Bayton, que apareció en el borde de un tejado apuntando con el fusil—. El soldado ha descubierto mi hábil estratagema. Me retiraré avergonzado. ¿Dónde quiere que le dé el tiro de gracia?

—Zerg aproximándose —dijo Dax desde la base, como si hablara del tiempo.

El sonido de estática siseó en el silencio del canal del escuadrón.

—¿Esto forma parte del ejercicio, sargento? —dijo Berry.

—No —dijo el sargento Bayton con calma—. Retírense a la academia a paso ligero, soldados. ¿Dónde, soldado Damen?

—Los sensores detectan un gran zerg al sur. Estoy intentando...

Los soldados se ayudaron a levantarse unos a otros y se apresuraron. Dax espiró directamente sobre el micrófono de su casco y todos los soldados hicieron una mueca al unísono.

—Lo tengo. Lo siento, sargento. No es una amenaza. Es solo un superamo.

* * *

Yo encontré un obrero y lo invoqué. No escuchaba. La locura infecta al Nosotros. La locura infecta al mí. La individualidad trae demencia.

Yo hice acopio de mi voluntad. Se resistió. Obedeció. Se convirtió en un nido para el Nosotros.

Mi Nosotros.

Yo no soy la Supermente. **Yo** no soy la Kerrigan. **Yo** no soy una mente colectiva. **Mi** voluntad es limitada.

Contener uno es dolor. Contener más es agonía. Contener muchos es imposible.

Para castigar a los no-Nosotros, **yo** debo tener cuidado.

A partir de larvas, **yo** invoqué a los volátiles. **Yo** les ordené dormir, y durmieron.

Yo reuní sus cuerpos en **mí mismo**.

A partir de larvas, **yo** invoqué a los alados. **Yo** los contengo con **mi** voluntad. **Agonía**.

Aguardarán.

Deben aguardar.

Yo llamaré la atención de los no-Nosotros. **Yo** no escucharé a la locura, a la...

...tú estás solo tú eres débil tu mundo está muerto tú estás muerto todo está muerto.

¡Yo no escucharé a la locura!

...

Los alados aguardarán.

Deben aguardar.

* * *

—Maldita sea —dijo el sargento Bayton, apoyando los guanteletes de su armadura en la barandilla con un leve clic—. Inténtelo otra vez.

Caston obedeció. Apuntar el fusil era más difícil con todo el mundo mirando, pero el superamo era lo bastante grande como para eclipsar los rascacielos que tenía detrás. Caston le había dado una vez a un decípodo en una valla durante una tormenta de arena.

Disparó al superamo. Y falló.

—La madre que lo... —dijo Kell—. Esta vez lo he visto. Ha esquivado la jodida bala. ¿Cómo lo ha hecho?

—Debe de saber cuándo estamos a punto de disparar, y entonces se...

—Tonterías —dijo Hanna—. Los superamos no son tan listos.

La espaciosa plataforma de observación estaba cada vez más abarrotada, sobre todo porque todos los soldados seguían llevando el traje. La cabo Sawn, su médico y piloto, también había subido. Tan delgada que casi daba pena verla, estaba en un rincón alejado, observando al superamo con ojos grises y adustos.

—¿Siempre son tan grandes, sargento? —dijo Kell.

—Casi. Y este está bastante curtido. Miren esas cicatrices.

Todo el mundo se inclinó hacia delante. Estaba anocheciendo en Tarsonis. Lenguas de luz irregulares se escapaban de la plaza municipal, llenando la plataforma de observación de sombras largas.

—Ninguno de los estudios que he leído decía que esquivaran balas —dijo Berry, sin su alegría habitual en la voz. Caston fue el único en darse cuenta. Que Berry sonara preocupado era como que Dax sonara como **cualquier cosa**. No era normal.

—Esto —dijo Hanna encendiéndose otro de los puros favoritos de Vallen— es alguna mierda de alto secreto. Os lo digo yo. Se habrá escapado de alguna celda de contención de la Confederación.

—Sí —dijo Vallen, que acercándose a ella como si tal cosa le sacó el puro con sus dedos mecánicos y lo tiró por la ventana—. Una máquina de guerra. Se acerca al enemigo y flota a su alrededor.

—Sí, es raro —dijo Kell—. Con la de cosas interesantes que hay para flotar alrededor en esta roca, ¿por qué nos elige a nosotros?

Caston echó una mirada involuntaria a Marc. El soldado ya lo estaba mirando a él, haciéndole una pregunta silenciosa. Caston se giró, con la mandíbula doliéndole por la presión de los dientes apretados. No, no se lo iba a contar al escuadrón. No había nada que contar. Decir que el superamo de ojos verdes había venido aquí porque él había matado al de ojos morados era admitir que el superamo se acordaba de él. Que esa bestia descerebrada pensaba.

El superamo descendió hasta una seguridad relativa tras el muro de escombros calcinados. Caston apoyó el FN92 contra una pared y sacó su C-14.

La cabo Sawn pareció tomar una decisión y se acercó resuelta a Bayton, hablando en susurros que Caston apenas podía oír.

—...irse... haber más... ahora mismo.

Bayton miró hacia abajo, pensativo, y luego respondió, casi igual de silenciosamente: —O bien esa cosa no es una amenaza, o bien es demasiado tarde para huir. Aquí estamos más seguros.

Sawn no discutió. Se encogió de hombros y volvió a su rincón.

Aferrando el C-14 con tanta fuerza que le dolían los dedos dentro de los guanteletes del traje, Caston tomó una decisión.

—Deberíamos salir ahí fuera. Buscarlo y matarlo.

Todo el mundo lo miró como si hubiera sugerido que salieran afuera desnudos.

—Está todo oscuro —dijo Kell, haciendo como si no viera.

—Eso no importa. Los superamos transportan zánganos. Los zánganos pueden formar colmenas. Tenemos que matarlo antes de que ataque.

La tensión se extendió por toda la sala como una telaraña, tirante y temblorosa.

—Tienes razón —dijo Kell circunspecto—. Pero antes practiquémoslo.

Se encorvó, dejó colgando los brazos de su traje por debajo del cuerpo y se puso a dar pellizcos al aire. Se acercó a Caston con pasos lentos y pesados.

—Ooooooh. Floto, floto. Dispárame antes de que te me tire encima. Que te pillo, que te pillo.

La risa burlona de Hanna sonó más fuerte a oídos de Caston de lo que en realidad era. Caston empujó a Kell al suelo, que cayó con un tableteo metálico, y señaló por la ventana.

—¡Idiota! ¿Lo ves? ¡No es ninguna broma! ¡Eso de ahí son los zerg!

—La verdad es que desde el suelo no veo nada.

El resto de soldados se rió, salvo Bayton, cuyo rostro parecía un nubarrón sobre una montaña sombría, y la cabo Sawn, quien no tenía pinta de haber reído en toda su vida.

—Los zerg no son individuos, Caston —dijo Berry, sonriente—. Los superamos transmiten órdenes, no las dan. Sin un líder, se vuelven locos. Probablemente haya venido de una de las colmenas menores de Ewen Park.

—Eso no es locura —insistió Caston—. ¡Esa cosa nos está acechando!

Las sonrisas se volvieron vacilantes en la sala al darse cuenta de que tal vez Caston no estuviera bromeando. El sargento Bayton le puso la mano en el hombro.

—Cálmese, soldado —dijo entre dientes—. Está montando una escena.

Berry no se dio cuenta. Probablemente pensaba que estaba ayudando. —En realidad los superamos no cazan. No lo hacían ni sus predecesores. Los gargantis proximae eran herbívoros semiinteligentes antes de que su raza fuera infestada por los zerg. Eran comunitarios, con un lenguaje basado en la psiónica, la manipulación de los tentáculos y el color. Ah, y algo que no muchos saben —sonrió Berry—: lloraban a sus muertos.

—Lloraban —dijo Caston débilmente, con su mirada entre la amenaza zerg y el soldado que evidentemente no sabía lo que decía.

—Pues sí —dijo Berry alegremente—. Según se dice podían vivir siglos, pero cuando uno de ellos moría, todos se volvían de un color "azul cielo". Hablo de un cielo con la cantidad adecuada de oxígeno y nitrógeno, claro. ¡Pero en fin! Este de aquí no está con el Enjambre. Es salvaje, pero inofensivo.

Caston echó una mirada al sargento. La cara de Bayton tenía una orden implícita, y era "Cállese, soldado Gage".

Se giró para ver al superamo proseguir su recorrido por los terrenos exteriores de la academia, y pestañeó. El zerg venía hacia ellos, elevándose sobre los fragmentos de la torre de un hotel como

una luna violeta. Los soldados se rieron y unos cuantos levantaron sus C-14 para practicar un poco el tiro. El ambiente volvió afortunadamente al ciclo de burla amable que era el statu quo en el Escuadrón Cachocarne.

Algo pasó fugazmente por la sala, algo invisible, intangible, y **dirigido**. Caston se tambaleó. Berry y Vallen también, aunque se recuperaron por separado, negando con la cabeza. Nadie más había notado nada.

No había sido la palabra *ahora*. Había sido la **esencia** de *ahora*, lanzada con toda la fuerza de una orden. Y había venido desde donde estaba el superamo.

Este alzó la cabeza, mirando a Caston fijamente con esos centelleantes ojos verdes. Lo conocía.

Caston silbó entre dientes. Imaginó que tuviera razón. Que Ojos Verdes hubiera dejado un zángano en algún lugar y que ese zángano hubiera creado una colmena. ¿Y si el superamo supiera que todos subirían a verlo dar vueltas en torno a la academia?

¿Y por qué se acercaría ahora a menos que estuviera intentando atraer la atención sobre sí...?

Caston se dio la vuelta justo antes de que un grupo de mutaliscos aullantes se abatiera ante ellos, con sus cuerpos de insecto cabeceando ansiosos bajo sus alas ásperas. Lanzando sus colas hacia delante, arrojaron una oleada de parásitos voraces exactamente a la vez.

Fragmentos de neoacero y puñados de gujas dragón rebotaron por la plataforma de observación.

Caston gritó. Trozos de afilado metal despedían chispas contra su peto, y un pedazo del hombro de su armadura había **desaparecido** sin más. Respirando con dificultad, retrocedió tambaleándose, asimilando la carnicería a su alrededor. Marc había caído de rodillas, aferrándose el casco con sus dedos de metal mientras un chorro rojo manaba de allí donde había estado su cara. Berry ni tenía ya cabeza. Ninguno de ellos había llegado siquiera a bajarse el...

—¡Bájese... el maldito... protector facial! ¡Y dispare! ¡Soldado! —El sargento Bayton rugía, agarrándolo por el cuello del traje y zarandeándolo.

Caston captó las órdenes agradecido. Cerró su protector facial y miró por encima del hombro hacia el superamo. Ya no estaba ahí.

* * *

Yo ya no contengo a los alados con mi voluntad.

Yo asciendo hacia las nubes. Yo peso por la carga de los volátiles muertos.

La curva del mundo está abajo. El sitio frío está arriba. Yo quiero flotar hacia arriba.

Yo no quiero hacer esto.

Yo quiero hacer esto.

Yo soy solo **Uno**. Los no-Nosotros deben conocer el miedo. Deben conocer la locura. **Él** debe conocer el miedo y la locura.

Debe haber un castigo.

* * *

El tableteo ensordecedor del fuego de C-14 hacía temblar el suelo de la plataforma de observación y rebotaba en los rascacielos de alrededor. Un boquete se abrió con un estallido en el pecho de un mutalisco, que cayó y desapareció de la vista. Otro se metió en el torrente de fuego de Caston y salió despedido hacia lo lejos girando como un molinillo.

Los dos restantes se estremecieron de repente y giraron sus proyectiles ácidos el uno hacia el otro, silbando y chillando. El resto del Escuadrón Cachocarne concentró su fuego sobre los mutaliscos salvajes. Las criaturas se deshicieron en una lluvia de carne húmeda.

El fusil de Caston sonó a vacío. El número cero parpadeó ante él en su indicador en pantalla durante varios segundos hasta que comprendió qué significaba, y recargó.

El suelo de neoacero era una ruina derretida de cicatrices de ácido y gujas moribundas. Marc había caído hacia delante y yacía con la cabeza torcida a un lado. Dentro no había nada salvo rojo y hueso, pero Caston aún sentía en su mente el peso de aquella mirada calmada y triste.

Enfundó su C-14 y se fue hacia Kell con el puño en alto.

Sin variar el paso, el sargento Bayton se abalanzó sobre él, empujándolo contra la pared.

—¡Ni se le ocurra, soldado!

—Yo intenté avisarlos, y él haciendo chistes. ¡Y están muertos, joder!

—Sí, así es —dijo Bayton abriendo su visor. Los músculos del cuello y de la mandíbula se le inflamaron—. Y mírelo. ¿Cómo cree que se siente ahora?

Caston miró a Kell, de pie y en silencio ante los cadáveres de Marc y Berry. Apartó la mirada.

—De acuerdo, soldados. Esto es lo que vamos a hacer. Vamos a dirigirnos a la nave de evacuación de la cabo Sawn. Vamos a irnos. Y todo eso lo haremos a toda prisa.

—A la mierda con eso, sargento —dijo Hanna, alzando su visor y escupiendo—. Vamos a ir a cazar ese superamo.

—Ya lo creo —dijo Vallen.

—Oh, lo siento —dijo el sargento Bayton—. Deben de ser nuevos. Eso último que he dicho es lo que en el cuerpo militar llamamos una **maldita orden**. Y ahora...

A una treintena de metros al oeste de la academia, una mancha verde atravesó como una centella el interior hueco del almacén de un rascacielos y explotó. Destruídos sus cimientos, el rascacielos golpeó el hormigón con un estruendo hueco que hacía vibrar los dientes y cayó, convirtiendo medio kilómetro de edificios abandonados en un agitado surco de espeso humo gris y escombros.

Con la boca seca, los soldados apartaron los ojos de la devastación y miraron al cielo oculto.

El segundo pesteling que el superamo dejó caer impactó en la pista de aterrizaje. La nave de evacuación y el crucero de los desafortunados piratas estallaron en una columna de fuego verdozo.

—¡Todos al ascensor ya mismo! —gritó Bayton, y golpeó con un puño el panel. Con un discreto sonido metálico, se abrieron las puertas del único ascensor de la academia que funcionaba. Sawn entró la primera, casi por instinto. Caston entró detrás, comenzando a entender cómo esa médico sin armadura había vivido lo bastante para tener esa mirada de los mil metros.

Vallen, Hanna y Dax se metieron después. Kell aún no se había movido. Con un gruñido, Bayton agarró al soldado aturdido, lo empujó al ascensor atestado y pulsó un botón del interior.

—Dax.

—¿Sargento?

—Necesito que se deje de comedias y baje a todo el mundo al nivel más bajo. ¿Entendido?

—Sí, sargento. ¿Cómo lo ha sabido?

—Por favor. He visto a mil Daxes. Soy sargento, soldado.

—¿Va... va a entrar en el ascensor, sargento? —dijo Hanna.

Bayton sonrió. —Mire bien, soldado Saul. No hay sitio.

La puerta se cerró y descendieron.

Por el temblor del ascensor, el siguiente cuerpo de pesteling había impactado de lleno en la plataforma de observación.

* * *

Yo desciendo. El fuego y el humo suben a **mi** encuentro.

Yo oigo el silencio de los muertos. **Yo** oigo los pensamientos de los vivos.

El castigo no ha terminado todavía para **él**.

A partir de larvas, **yo** invoco a un excavador y a un portador de espinas. A partir de larvas, **yo** invoco a los muchos.

Yo los contengo con **mi** voluntad, y **yo** los envío. **Agonía**.

* * *

Las puertas del ascensor se abrieron en el pasillo del cuartel, en el nivel A, que estaba en el subsuelo, pero no lo bastante para el gusto de ninguno.

—Todos fuera —dijo Dax—. Necesito espacio para trabajar.

—¿A qué se refería el sargento Bayton? — dijo Vallen mientras salían todos. Kell se adentró un poco más por el pasillo y se apoyó en cuclillas contra la pared.

—Pues... ¿eso de la resocialización que me hicieron?

—¿Sí?

—En realidad nunca pasó. Me pillaron pirateando los registros del Ministerio de Hacienda. Intentaba hacerle un favor a un amigo —dijo, arrancando un panel de la pared. Se sacó de un recoveco del traje un dispositivo manual que no parecía del equipo reglamentario de un soldado y lo conectó al cableado del ascensor.

—Iban a resocializarme y a alistarme como castigo. Fue lo que me dijeron, y luego me dejaron solo en la sala con la consola de resocialización durante diez minutos.

—¿Quieres decir que...?

—Pirateé la consola. Monté una buena en el tanque para que diera el pego.

—A ver si lo entiendo —dijo Hanna—. Me he pasado todo este tiempo sintiendo pena por ti, ¿y no te tocaron el coco? ¿Cómo diablos esperas que volvamos a confiar en ti?

—Da igual —se encogió de hombros Dax—. ¿Te importa si os salvo el pellejo de todos modos?

—Sí, por favor. No habrá ninguna mujer que no te lo agradezca —dijo Vallen, girándose hacia la médico—. Usted no dirá nada, ¿verdad?

—Si puede ponernos a salvo, lo propondré para emperador —dijo Sawn secamente.

Caston se acercó a Kell. Había estado a punto de atizarle por algo que no era culpa suya y necesitaba...

—Lo sé —dijo Kell, levantando la cabeza. Tenía los ojos enrojecidos—. Siempre estaba de broma cuando nos entrenábamos, bromeando cuando intentabas avisarnos. Están muertos por mi culpa. Lo sé.

—Eso no es lo que quería decir. Verás, el superamo vino porque yo...

—¿Queréis callar un momento, cotorras? —dijo Hanna mientras pasaba por delante de ellos avanzando a grandes zancadas por el pasillo tenuemente iluminado. Las luces titilaron. Los reclutas

se habían alojado en las salas más cercanas al ascensor, pero el cuartel se había construido para albergar a cientos de fantasmas y reclutas de fantasmas. Los pasillos eran largos y oscuros, llenos de ecos y ahora...

...había algo rascando.

—Yo también lo oigo —dijo Kell, poniéndose de pie—. ¿Qué creéis que puede ser?

—Espero que ratas —dijo Hanna.

Tras la esquina más cercana, algo **gritó**.

—Pero probablemente no —dijo Hanna, descolgándose el fusil—. ¡Dax, date prisa!

—Si tú sabes cómo desactivar el cierre de seguridad de una instalación de clase Omega, por mí no te cortes.

Dos zergling doblaron con dificultad la esquina del fondo, mordisqueándose y arañándose el uno al otro. Al ver a los soldados, chillaron de nuevo y cargaron.

Vallen, Caston, Kell y Hanna abrieron fuego. Los cartuchos gauss les hicieron sangrar el lomo, desgarrándoles las alas, y aun así no paraban, ajenos al dolor. Un tiro afortunado aplastó el cráneo del más cercano, que patinó hasta detenerse laxo. El fusil de Caston chasqueó, seco, y esta vez no le quedaban cargadores. El zergling que quedaba saltó entre los soldados en dirección a Dax y a la desprotegida Sawn...

...que apoyó el fusil de Dax contra la pared del ascensor, plantó las piernas preparándose para el retroceso y disparó un único tiro.

El zergling quedó reventado.

Los soldados se quedaron mirando fijamente.

Kell fue el primero en reír, y Caston y Hanna se le unieron cuando Vallen se sobresaltó por aquel sonido inesperado y se le cayó el fusil. Vallen soltó una risilla mientras se agachaba incómodo a recogerlo. Incluso Sawn resopló divertida mientras se masajeaba el hombro dolorido.

Echando una mirada por encima del hombro, irritado por la interrupción, solo Dax vio a los otros seis zergling tras la esquina.

Batiendo sus alas insectoides, atacaron todos juntos a Vallen, chillando y cortando. Anchas franjas de sangre formaron arcos en las paredes y en el techo. Vallen cayó sin emitir ningún otro sonido.

Kell cogió carrerilla, apartó de Vallen a tres de los zerg a patadas y disparó, gritando en silencio. Se evaporaron en nubes de sangre y garras bajo la cortina de fuego. Hanna trató de tirar de Vallen para alejarlo, retrocediendo cuando un zergling chilló y le quitó la mano mecánica del traje por la

muñeca. Hannah renegó, lo pisoteó de lleno contra el acero que había junto al charco cada vez más grande de la sangre de Vallen, y a una mano le disparó una ráfaga al cráneo.

Su fusil se quedó seco justo cuando el zergling dejaba de moverse.

Caston se quedó quieto. Estaba fallando otra vez. Uno a uno, les estaba fallando.

Entonces agarró al zergling más cercano por la cola y lo sacudió contra la pared una y otra vez hasta que no quedó más que carne informe.

A lo lejos, el fusil de Kell disparó una ráfaga prolongada y acabó sonando vacío. Caston se giró para ver a Kell apartar de una patada al último zergling del pecho de Vallen.

Docenas de heridas de garra plagaban la armadura de Vallen. Se podía ver el suelo de neoacero a través de su cuerpo. Sawn siseaba y negaba con la cabeza.

—Dax —dijo Hanna con la voz ronca mientras volvía tambaleándose hacia el ascensor.

—Lo sé —dijo Dax—. Casi he terminado.

—Nosotros no —dijo Kell, echando la vista atrás al pasillo.

La cabeza crestada del hidralisco casi llegaba al techo. Con un sonido reptante y metálico, se abalanzó retorciéndose y temblando como si lo picaran millones de insectos invisibles.

—¡Cabo! —dijo Hanna, corriendo hacia el ascensor—. ¡El fusil!

—Reserva la munición —dijo Kell antes de lanzarse a la embestida.

Caston debería haberle gritado, debería haberle dicho que no tenía nada por lo que redimirse. Que no era culpa suya.

Pero las palabras se le helaron en la garganta y no se pudo mover.

—¡Caston! ¡Sal de en medio, joder! —Hanna rugió a sus espaldas, pero Kell ya se había echado sobre la criatura, agarrándola por la cresta y tirándole de la cabeza hacia abajo mientras el hidralisco enloquecido le rastrillaba largos tajos en la placa de la espalda. El hidralisco centró su mirada en Caston; sus mandíbulas con colmillos babeaban con hambre y **reconocimiento**. Se encorvó, dejando al descubierto la oscuridad brillante entre carne y caparazón, y unas espinas perforadoras salieron despedidas.

A esa distancia no podía fallar si lo apuntaba a él. No lo apuntaba a él. Las espinas pasaron silbando, raspándole la armadura, y la cabo Sawn gritó detrás de él. Se oyó carne deslizándose al suelo.

El hidralisco se inclinó hacia atrás, sacudiendo su cola serpentina, e hincó sus garras en el estómago de Kell atravesándole la armadura, una y otra vez. Alzando sus manos temblorosas, Kell agarró las mandíbulas superior e inferior del hidralisco y se las desgarró con un **crujido** húmedo.

Ambos cayeron juntos.

El protector facial de Kell se abrió. Su boca se movía, pero lo único que salió de ella fue sangre. Sonrió.

—No ha sido culpa tuya —dijo Caston, dejándose caer a su lado—. Ha sido mía. ¿Me oyes? Ha sido mía.

Pero la sonrisa de Kell estaba petrificada, y sus ojos vacíos.

Poniéndose de nuevo en pie como pudo, Caston se giró, temiendo todo lo que le esperaba.

Sawn debía de haber visto las espinas venir hacia ella y se había girado instintivamente. La espina la había alcanzado en el costado, prácticamente partiéndola en dos partes iguales. Las otras habían clavado a Dax contra la pared del ascensor. Estaba recostado sobre una superficie roja.

—El ascensor está listo —dijo, y espiró una vez. Ya no inspiró.

—¿Por qué no te has movido, Caston? —dijo Hanna, empujándolo—. ¿Por qué no te has movido?

—Es culpa mía —dijo Caston débilmente.

Hanna se quedó parada y luego abrió su protector facial. Incluso con el agotamiento y la pena reflejados en su rostro, su mirada era esplendorosa. —Somos los únicos que quedamos y no te me vas a poner catatónico, Gage —dijo—. Así que escucha.

—Tú no has hecho que los zerg sean unos hijos de puta hambrientos. Tú ni siquiera iniciaste la guerra. Fueron ellos. No tienes nada por lo que disculpate.

Pero no era así. Ella solo tenía razón a medias: él no había disparado el primer tiro. Simplemente disparó el siguiente.

Hanna lo arrastró de vuelta al ascensor con la mano del traje que le quedaba, maldiciéndolo a él y al mundo en general. Dijo algo acerca de permanecer desapercibidos e ir luego a por el superamo cuando llegaran refuerzos. Caston estaba bastante seguro de haber respondido.

Las puertas se cerraron. Caston se miró los pies. Había sangre ondulándose a su alrededor.

El ascensor descendía sin orden ni concierto hacia las profundidades de la academia, deteniéndose de pronto con una sacudida cada pocas plantas. Mientras Hanna perfilaba resuelta su venganza, Caston contemplaba el parpadeo de las plantas al pasar, como imágenes en un proyector, estremeciéndose cada vez que las puertas se abrían con un silbido y se cerraban de golpe.

Esqueletos marchitos con uniformes andrajosos de la Confederación, atrapados cuando cayó Tarsonis.

ssssshChunk

Al final de un pasillo corto, una pared de vidrio cubierta de carne con vetas rojas.

ssssshChunk

Un largo corredor del que colgaban unas luces intensas y pálidas. La de más al fondo falló. Luego la siguiente. Y la siguiente. Entonces la oscuridad se abalanzó hacia ellos como una avalancha...

ssssshChunk

El ascensor bajó en caída libre durante varios segundos antes de detenerse con una sacudida y con un hedor de plástico y metal quemándose. Las puertas abiertas quedaban solo a la altura de su cintura. En el indicador parpadeante ponía "Z".

—...con un lanzallamas y **pisotearlos**. ¿Me oyes, Caston?

—Te oigo —dijo Caston mientras bajaba las manos hacia las puertas abiertas al nivel Z. Juntos, él y Hanna hicieron bajar el ascensor hasta el último nivel, se bajaron los visores y salieron.

El silencio reinaba ahí abajo. Las luces mugrientas e intermitentes conferían al neoacero un tono amarillo. Un cartel que decía "Control de seguridad" señalaba al pasillo que salía de allí.

—Ahí debe de haber alguna consola que funcione —dijo Hanna—. Pediremos ayuda, y luego buscaremos alguna escalera de emergencia.

Caston le dejó ir delante, ya que ella tenía el único fusil con munición. Hanna dobló una esquina. Caston tenía la sensación de que la búsqueda de escaleras no acabaría bien. Esos soldados de la Confederación no habrían muerto de hambre si hubiera habido escal...

Un momento.

Si no había escaleras, ¿cómo los habían atacado los zergling y el hidralisco?

Un chirrido furtivo en la pared que tenían detrás fue su única advertencia.

La cucaracha zerg saltó hacia el neoacero y patinó, con sus seis garras haciendo saltar chispas mientras intentaba agarrarse. Siseó triunfante desde la seguridad de su grueso caparazón con púas. Hanna se dio media vuelta y apuntó el C-14 como pudo por encima del antebrazo sin mano de su traje.

—¡Al suelo, Caston!

Caston no tenía intención de dejar que se enfrentara a ella sola. No tenía intención de sobrevivir a aquel planeta, ya puestos. Se lanzó hacia la imponente cucaracha con las dos manos por delante para inmovilizarla y que Hanna pudiera disparar...

Con un golpe desdeñoso de su voluminoso cuerpo, la cucaracha lo lanzó contra la pared haciendo sonar acero contra acero. Hanna disparó, y los cartuchos rebotaron echando chispas en el blindaje de la cucaracha...

Esta retrocedió, con sus fauces abiertas. El tiempo se ralentizó. Hanna le tiró el fusil a Caston...

La cucaracha soltó un chorro de ácido.

Hanna se tambaleó hacia atrás asfixiándose, con toda su parte frontal cubierta del bullente fluido verde. Se sentó pesadamente en el suelo, con las piernas abiertas, y luego cayó hacia atrás.

Con un danzar de garras, la cucaracha se giró hacia Caston. Volvió a abrir la boca y la bilis comenzó a subirle por la garganta...

Un misil de puro pensamiento cayó desde el cielo hacia el oscuro pasillo subterráneo. La cucaracha se estremeció y se quedó mirando a Caston, babeando.

Entonces se golpeó la cabeza contra el neoacero hasta dejársela reducida a una pulpa destrozada.

Cansado hasta lo indecible, Caston se levantó poco a poco apoyándose en la pared de detrás. Tambaleándose, pasó ante el cadáver de la cucaracha para llegar hasta Hanna. El ácido había corroído su armadura hasta llegar al suelo. No quedaba nada que se pudiera reconocer como humano.

Con el fusil de Hanna colgándole en la mano, Caston avanzó lentamente siguiendo la pared hasta el agujero desde el que la cucaracha los había emboscado. Era ancho de sobra para él.

Sus iluminadores del pecho perforaron la angosta oscuridad. El hueco hacía un ángulo que se desviaba de la academia hasta que el neoacero pasaba a ser tierra, endurecida hasta convertirse en una corteza flexible por las secreciones de la cucaracha. El túnel comenzaba a subir en espiral, y Caston lo siguió durante media hora. En un punto, la espiral se bifurcaba en horizontal de regreso a la academia, y Caston sabía que si seguía por ahí encontraría los cadáveres de Kell y Vallen allí donde habían caído.

Continuó subiendo hasta volver a la superficie, frente a la academia.

El superamo estaba esperándolo.

Sus enrojecidos ojos verdes sin parpadeo estaban clavados en él, juzgándolo. Su masa llena de cicatrices desprendía un odio salvaje como un horno desprende calor. Detrás de él, las ruinas fundidas de la academia se recortaban retorcidas contra el cielo.

Con un esfuerzo laborioso, y sin apartar la vista, el superamo desplegó una garra inferior y trazó una línea larga y temblorosa en el suelo, a los pies de Caston.

Este se quedó mirándola y comprendió.

Uno. El superamo lo había dejado con vida a propósito. Ahora ambos estaban solos.

El superamo sostuvo su mirada un instante más. Luego su costado se expandió y se elevó, dándose la vuelta.

Caston alzó su fusil. Y vaciló.

El superamo lo había dejado con vida a propósito. Quería que él lo matara. Él había matado al otro superamo, y por eso Ojos Verdes quería morir. ¿Qué le importaba eso a un zerg...?

Los recordó a los dos arrimados como si hablaran. Contra su voluntad, pensó en la inteligencia inusual de la criatura y en cómo Berry había dicho que la especie original de los superamos era capaz de vivir durante cientos de años. Se preguntó si era posible que una criatura infestada pudiera recuperar sus recuerdos, su conciencia, si quedaba aislada del Enjambre.

Y pensó en lo maravilloso que sería encontrar a alguien de quien te acordabas transcurridos siglos llenos de horrores...

Con un grito asqueado, arrojó el fusil.

* * *

Yo asciendo de regreso hacia el horizonte dividido. **Mi** muerte no llega. Ojalá llegara.

Yo no quiero recordar. **Yo** no quiero ser más **Uno**.

Yo no quiero ser más **yo**.

Yo no quiero lamentarme.

Yo cruzo la línea del horizonte. **Yo** vuelvo al abrazo. **Yo...**

Dolor

Yo...

¿Yo?

nosotros.

Del abrazo sosegado del **Nosotros**, pendemos **nosotros**. De vuelta, estará la Kerrigan. Esto, sabemos **nosotros**.

Nada más, hay.

nosotros no queremos recordar.

Superamos, somos **nosotros**.

* * *

Caston había cavado y tapado las ocho tumbas para cuando salió el sol. Dejó su armadura vacía junto a ellos y echó a andar hacia el fantasma de la capital de la Confederación. En algún momento acabaría llegando un equipo de rescate y él no quería que lo rescataran. El rescate conllevaba la resocialización. La resocialización conllevaba olvidar... y él no quería olvidar.

Un movimiento le llamó la atención y miró hacia arriba.

Muy por encima del mundo en ruinas, el superamo ascendía hacia el alba, brillando con un intenso color azul cielo.